

RESEÑAS

[Reseña crítica para el n°2 de la Revista de la Asociación Argentino-Chilena de Historiadores]

Argentina y Chile en época de Rosas y Portales.

Fernando E. Barba y Carlos A. Mayo, compiladores.

Editorial de la Universidad de La Plata. 1997.

130 pp.

Este volumen agrupa ensayos originales e inéditos de seis reconocidos historiadores; tres argentinos y tres chilenos. Los trabajos son parte de las ponencias presentadas en *las Jornadas Binacionales sobre Argentina y Chile en la época de Rosas y Portales*, realizadas en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, en homenaje a Enrique M. Barba y Jaime Eyzaguirre, en julio de 1996.

El primer trabajo, del argentino **Carlos S.A. Segretti** es un análisis histórico-crítico, según denominación del autor, de la famosa Carta de la Hacienda de Figueroa, que Rosas escribió a Quiroga para que éste intercediera en el conflicto entre los gobernadores de Salta -Pablo Latorre- y de Tucumán -Alejandro Heredia-; conflicto en su clímax a fines de 1834. En dicha carta, Rosas expresa - como es sabido- su pensamiento político con respecto a varios asuntos: formación del tesoro nacional, pago de la deuda pública interna y externa, integración del ejército nacional, asuntos sobre los que debería versar la constitución nacional y otros.

El erudito trabajo de Segretti pone el énfasis en señalar el que a su juicio - compartido por otros autores- fue el concepto fundamental que afirma la carta: que la nación no está en condiciones de la "grande obra de la constitución nacional". Fuera esta afirmación de Pero Grullo, si el autor del ensayo no hiciera lo que sí hizo: probar con documentos, inferencias y comparaciones de hechos de la política interprovincial, que en realidad el incentivo que movía a Juan Manuel de Rosas era proteger -a como fuera- los intereses de la Provincia de Buenos Aires. Además, dice el autor, la carta de la Hacienda de Figueroa prueba el inmovilismo del pensamiento político de Rosas, por lo menos desde 1821 hasta 1861. Pero a la vez, - razona Segretti- este inmovilismo de pensamiento no estaba dado por desconocimiento del autor de la carta en el devenir político de las relaciones entre las provincias, y entre estas y Buenos Aires. Muy por el contrario, -elucubra Segretti- .Rosas aprovechaba su conocimiento de todas aquellas circunstancias para llevar adelante lo que en un principio el autor del ensayo anuncia: defensa a rajatabla de los intereses del puerto de Buenos Aires.

Con la solvencia del conoedor y la astucia de un detective, el autor hilvana los indicios que le permiten probar que la carta de la Hacienda de Figueroa, escrita con voluntad de espectáculo, es decir con la seguridad de que va a ser leída por otros y por lo tanto a ellos también dirigida, fue un instrumento más de Juan Manuel de Rosas en un momento en que aquel - todavía sin la fuerza de la

imposición-, utilizaba el lenguaje seductor de quien debe primero, y antes que nada, convencer.

En el segundo ensayo, Félix Weimberg *-Repercusión crítica de los cantos del Peregrino de José Mármol-* pone luz en las polémicas ideológico-políticas que llevó adelante el movimiento de románticos que en los años de dictadura rosista, realizó parte de su obra lejos del país. Weimberg descubre el eco que suscitó la primera edición del canto XII de *Los Peregrinos*, de José Mármol ocurrida el 1º de octubre de 1845, en el primer número del periódico *El comercio del Plata* de Montevideo. Refiere Weimberg que unos pocos meses después, la Gaceta Mercantil, órgano oficial del gobierno rosista, publicó una encendida crítica contra el canto de Mármol en la que se denostaba no sólo la estética poética del autor sino -con la misma inventiva- su línea ideológica. La fina pesquisa de Weimberg dio con la respuesta de Mármol a tales críticas que apareció tan sólo un mes después en Montevideo. En suma, la polémica dio lugar a la crítica y ésta, desde el comienzo, en sus dos vertientes: estética e ideológica política.

Juan Manuel de Rosas, el estanciero, apuntes para su estudio es el trabajo de **Carlos Mayo**. En éste el autor insiste en la necesidad de pensar al caudillo contextualizado en sus redes de pertenencia. Una muy importante de ellas es la que lo ubica en la clase de ganadero terrateniente.

Erudito y minucioso, el análisis de la vida de estanciero de Juan Manuel de Rosas de Carlos Mayo revela - se puede decir sin lugar a dudas- que no fue don Juan Manuel ni un retardatario ni un innovador en su tarea de ganadero. Sin duda, fue un exitoso estanciero. ¿Por conservador o innovador?, se pregunta Mayo. Ni lo uno ni lo otro. Tareas y órdenes, sociedades y emprendimientos del estanciero Rosas son comparadas acertadamente con las que hacían por la misma época todos los que como él pertenecían a lo que Mayo -y otros especialistas- llaman los terratenientes de la época colonial tardía. El ensayista alude a la famosa pregunta que se hace Sarmiento en el Facundo ¿Dónde ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en su gobierno? El sanjuanino respondía tajantemente: en la estancia de ganados. Mayo, a la luz de observaciones de otros estudiosos y de las propias, hace una sutil diferencia a la apreciación sarmientina. La estancia -concede el especialista- "*fue el primer ámbito en que Rosas pudo ejercitar, desplegar y perfeccionar sus dotes de administrador obsesivo y hábil conductor de hombres*". Mayo recrea a ese Rosas estanciero obsesionado por el orden, tan patriarcal, complaciente, duro o convincente, seguro y tajante como conviniera . Tal cual fue el Rosas político de unos años después.

Una afirmación provocativa abre el ensayo de **Alfredo Jocelyn Holt Letelier** titulado *El peso de la noche, la otra cara del orden portaliano*. El autor afirma que es extraño que dos fenómenos de larga duración que han atravesado siglo y medio de historia chilena -ambos permanecieron desde fines de la época de la Independencia hasta principios de la década del setenta de este siglo-, no hayan sido señalados en su carácter de contemporáneos y a la vez de contradictorios. Se trata de la permanencia de la sociedad señorial por un lado, y

de la aceptación o acomodo de la elite tradicional chilena al orden liberal clásico a partir de la Independencia, por el otro. Este frágil equilibrio fue el que supo construir Portales.

La imagen del peso de la noche acuñada por el mismo Portales significa -según el discurso de Jocelyn Holt- que existe un tipo de orden no impuesto, deseado, ni buscado, pero que está. Existe por el peso de la inercia del viejo orden imperial roto. Sin embargo, Portales cuenta con él. El discurrir del erudito estudio de Jocelyn Holt lleva a entender a un Portales ecléctico. Un hombre en la bisagra de dos órdenes. Dice el autor que pensadores -y hombres de acción algunos de ellos- comparten una misma sensibilidad con Portales; gente de su tiempo que en su momento creyó en el espíritu de renovación pero que se desengaña. Ante el desengaño acude a la revalorización de la tradición : Constant, Royer Collard, Cousin, Guizot, De Tocqueville, Bonald, de Maistre, Alcalá Galiano, Donoso Cortés, Cánovas del Castillo. Pero esa sensibilidad de su tiempo de Portales fue más allá: supo -y pudo- articular lo viejo con lo nuevo en favor de lo que a él le parece lo mejor para mantener orden y poder . Lo que diferencia a Portales de aquellos pensadores, además de la circunstancia de que no es un pensador es que tampoco es un nostálgico. Cito textualmente: "Portales no pretende rescatar lo que se perdió, tampoco pretende cambiar nada de lo que se ha ido imponiendo o de lo que se avecina. Portales es demasiado corajudo como para ser temeroso. No frena nada, lo más lo desacelera. Su resignación escéptica es casi total, aunque no lo inhabilita para seguir actuando en favor de sus intereses...además Portales es un agnóstico, de modo que su capacidad de creencia es baja o nula".

El ensayo de Jocelybn Holt resulta él mismo un adecuado y frágil equilibrio en la interacción de pensamientos y prácticas. Portales es un hombre de prácticas. Pero Jocelyn va descubriendo en aquellas los discursos que las guían. Aunque sean éstos no sólo el pensamiento ilustrado o republicano prolijamente escrito y desarrollado, sino aún los que provienen de la masa oscura de medio conscientes memorias, recuerdos, tradiciones y lealtades, junto con fuerzas mucho más oscuras situadas bajo los niveles de la conciencia.

Así llega Jocelyn Holt a la conclusión de que las estrategias de equilibrio, nunca verbalizadas, pero siempre presentes sobrevivieron -parcialmente desplazadas en algunos momentos- hasta la década de 1970.

Si se perdona el anacronismo, puede pensarse la idea de Portales como el personaje complementario de Erasmo: dominador de teoría y saber, consciente del justo medio, pero sentido este medio por los dueños del orden como una amenaza, Portales en cambio, es el hombre ubicuo. Absolutamente consciente -o inconscientemente ubicado en la realidad que le toca vivir y por lo tanto en condiciones inmejorables de dominarla.

Armando de Ramón en su estudio *Práctica del conservatismo y régimen oligárquico. Los idearios portaliano y alberdiano y su proyección*, infiere que los regímenes políticos chileno primero, y argentino, después, que específicamente se

propusieron como meta asegurar la paz interna para dejar preparadas las sociedades para arribar a una democracia de participación masiva, no sólo no lograron ese primer propósito sino que lo que lograron fue consolidar lo que aquellas sociedades tenían de oligárquicas. De Ramón toma expresamente el concepto oligarquía que desarrolló Waldo Ansaldi y su equipo y designa una forma o un modelo de ejercicio de la dominación política por un grupo minoritario perteneciente a clases sociales que detentan poder económico y social. Sus principales características, entre otras, son: a) una base social angosta, b) reclutamiento cerrado de los designados para las funciones de gobierno, c) exclusión de los disidentes o de la oposición, d) mecanismos de mediaciones y de lealtades familiares o grupales, e) limitación efectiva del derecho de sufragio, f) predominio de la violencia simbólica g) organización del estado sobre la base de un pacto oligárquico que expresa un delicado equilibrio en los diversos tipos de relaciones interregionales.

El régimen portaliano, dice de Ramón, se basó en dos ideas operativas complementarias: primero la conformación de un equipo de hombre muy capaces y segundo, con ellos hacer funcionar el gobierno obedecido, "fuerte, respetable y respetado, eterno, inmutable, superior a los partidos y a los prestigios personales". Lo primero, es la clave para comprender la permanencia del régimen ya que aquel equipo - Manuel Renjifo, Mariano Egaña, Joaquín Tocornal, Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento- funcionó como tal hasta muchos después de la muerte del ministro en 1837. Lo segundo -la autoridad tradicional- significó la restauración absolutista y ese absolutismo, concluye de Ramón, es lo que dio paso a las repúblicas oligárquicas.

El régimen portaliano -aunque anticipadamente-, está inserto en el marco de las tendencias políticas que triunfaron en la segunda mitad del siglo XIX. El vate de tales ideas en la Argentina es Juan Bautista Alberdi. Este pensador, que escribió su Bases... en Chile propone en ellas una democracia protegida. Dice Alberdi "el tiempo ha demostrado que la solución de Chile es la única racional en repúblicas que poco antes fueron monarquías". La solución alberdiana, dice de Ramón parafraseando a Natalio Botana, "culmina consagrando la contradicción entre desigualdad social e igualdad política." La restauración absolutista se comprueba tanto en Portales como en Alberdi, en el otorgamiento al presidente de "la energía del poder" para ofrecer a su pueblo las garantías de orden y paz , y es evidente la restricción con el control del derecho de sufragio que impide votar a los pobres y a los ignorantes.

El historiador comenta que el surgimiento en Francia, a mediados del siglo XIX, de la filosofía positiva colaboró con la permanencia de las repúblicas oligárquicas. En este punto de Ramón acuerda con Leopoldo Zea, para quien el positivismo en Iberoamérica "no fue una doctrina para discutir en círculos culturales, sino una doctrina que se discutió en la plaza pública" Para Zea y para de Ramón, Comte fue el exponente de la burguesía triunfante después del Revolución Francesa y su misión fue invalidar, sin regresar al viejo orden, la filosofía revolucionaria que le había servido para alcanzar el poder. El problema de la libertad y el orden fueron

resueltos por Comte aduciendo que tanto la libertad como el orden eran perfectamente compatibles en el nuevo sistema político. Se trataba de una libertad ordenada. Sin embargo, existe otra cortapisas: se opone al concepto de igualdad, el de jerarquía social "Ningún hombre es igual a otro, todos los hombres tienen un determinado puesto social." Este puesto social no estaba determinado a la manera del antiguo orden, por la gracia de Dios, sino por el trabajo. Las ideas "positivas" se esparcieron por todo el continente. Hicieron lo suyo Gabino Barreda en México, Sarmiento en Argentina, Benjamín Constant Botelho de Magalhães en Brasil y Diego Barros Arana y José Victorino Lastarria en Chile.

Armando de Ramón concluye afirmando que la aplicación práctica del positivismo en América, con su tendencia a la experimentación donde los casos específicos debían ser observados y analizados con miras a perfeccionar los modelos, produjo la decadencia y muerte de los ideales alberdianos y portalianos.

Casos señeros del positivismo triunfante son los gobiernos mesocráticos de Argentina entre 1916 y 1930 y de México de 1920 a 1940. Para finalizar, De Ramón deja la atractiva proposición de que aquellos usos del positivismo son los que dieron origen a los populismos triunfantes que irrumpen a mediados del siglo XX.

El ensayo de Sergio Vergara Quiroz, que está creciendo para un próximo libro del autor, se titula *Manuel Montt y Domingo Faustino Sarmiento, una amistad trascendente*. Interesante estudio que muestra y sugiere. A través del epistolario el profesor chileno reconstruye la amistad de los dos estadistas. El epistolario reunido es de alto valor, no sólo por la alta figuración de los autores, sino también porque esas valiosas fuentes, reunidas por primera vez, pueden dar luz a varios temas que hacen a la integración argentino chilena. La amistad que reconstruye Vergara comenzó en 1841, cuando Manuel Montt era ministro del interior y Domingo Faustino Sarmiento un emigrado argentino más, sin cargos ni publicaciones de relevancia. La convocatoria que le hizo Montt para armar un buen diario y patrocinar la candidatura del general Bulnes fue el comienzo de la amistad -reflejada en la correspondencia mutua- que duraría a lo largo de la vida de ambos. La presentación que el profesor Vergara hace de los personajes atiende más bien a su carácter y fisonomía moral -son palabras del autor- más que a sus acciones de gobernantes ya que el objetivo que se propone es documentar la entrañable amistad que unió a ambos.

Vergara divide el epistolario, que consiste en más de cien cartas, en cuatro etapas. La primera, de 1841 a 1854. En ésta predominan las cartas de Sarmiento en las que el modesto emigrado peticona al poderoso hombre de estado. La segunda, de 1855 a 1864 es una etapa de silencio. Sólo tres cartas formales de la esposa de Sarmiento a Montt. Por la simpatía y cariño con que se escriben en la tercera etapa, -de plenitud, la denomina el historiador, 1864 a 1875-, todo indica, infiere Sergio Vergara, que en el período anterior puede haber existido correspondencia que lamentablemente se ha perdido. La ancianidad llama Vergara a la cuarta y última etapa que dura sólo dos años, 1877-1879.

Vergara reconoce, a través del epistolario, mutuas influencias: de la fe en el progreso a través de la industria y la educación, de Sarmiento a Montt; la seguridad de que un gobierno fuerte es necesario para superar la anarquía, de Montt a Sarmiento, entre otras. El recorrido del diálogo de amistad escrita de estos dos grandes hace reflexionar a Vergara "que todos ganamos cuando somos capaces de concebir buenos deseos para los que viven al otro lado de la montaña."

María Cristina Satlari

Biblioteca Pública General San Martín
Universidad Nacional de Cuyo